

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

PILATO

Un día del año 39, bajo el segundo consulado de Caius César Calígula y L. Apronius Cæsaneus, se oyó hablar en la casa de Pilato de unos judíos que acababan de desembarcar en Marsella, desde donde se habían extendido por el valle del Ródano, predicando un Dios nuevo, y obrando, a lo que se decía, prodigios sobrehumanos. Una mujer de aquella raza, llamada Marta, había llegado hasta la misma *Vigenna* que encantaba con sus relaciones y con las maravillas de su arte prestigioso.

Estas nuevas habían venido a hacer más sombría la preocupación creciente de Pilato. El recuerdo de los tristes sucesos de que él había sido testigo y autor principal a un tiempo; el recuerdo de sus exacciones y de sus crímenes, de la sangre derramada, del pueblo inmolado, y sobre todo de aquel profeta, de aquel Nazareno crucificado; despertado de pronto, en el silencio de su desgracia y de su alejamiento de los hombres, hacía resonar en sus oídos desde entonces, con más fuerza, su voz vengadora, y se alzaba ante él a veces, terrible e implacable, como un espectro, haciéndole estremecer.

—¡El Justo! ¡el Justo! decía Pilato con amargura. Sí, ese es el nombre que le dan ¿Qué sabes tú de eso Claudia? ¿Es que puede uno ser justo, desde el momento que se constituye un peligro para el Estado?

—¡Cómo señor! ¿No era aquel hombre acaso un hombre justo, un sabio?...

—¿Un sabio?... Sí, tal vez... Lo cierto es que no era un hombre vulgar. Habría podido ser un personaje en la Judea, si hubiera sabido halagar las pasiones de los suyos. Pero, ¿por qué se empeñó en malquistarse con los poderosos de su nación? ¿Por qué aquellas ideas de reforma, aquel sueño insensato de un reino de Dios? Despertó la cólera y desencadenó la venganza; se perdió a sí mismo...

—Sí, pero fué para la salvación de su pueblo, señor.

—Lo hubiera salvado dominándolo; porque era elocuente fascinaba a las muchedumbres. Yo mismo, lo confie-

so, sentía una impresión extraña, indefinible en su presencia. Su mirada penetraba en mi alma y producía en ella turbación de que yo no era dueño. Se llamaba rey, y tenía en verdad la grandeza, la majestad de un rey; una grandeza y una majestad que subyugaban. Decía que bajaba de lo alto, que había venido al mundo para dar testimonio de la verdad. ¿Qué querría decir con esto?... Yo sonreía al oírlo, y sin embargo, presentía en todo aquello un terrible misterio. A pesar de mi empeño no pude adivinar lo que era aquel hombre: cuando le hablaba de de mi poder, El me hablaba del suyo; ¡El, un judío!... ¡y a mí magistrado romano!... ¡Aún me parece verlo delante de mí, como en aquellos momentos angustiosos cuyo recuerdo no se aparta un solo instante de mi memoria; cuando me hablaba a mí, a su juez, de mi pecado, y de un pecado mayor aún que el mío!... Los suyos decían que era un profeta; pero, ¿qué es un profeta para nosotros? ¿Uno que ve el porvenir? Y ¿quién puede conocer el porvenir?... ¡Ah! acaso tú, Claudia, que crees en los sueños... debería acordarme de ello. Porque, ¿no era de un sueño de lo que me hablabas, en el mensaje que te apresuraste a enviarme cuando estaba en el tribunal?...

—Sí, un sueño, una visión más bien. ¡Ah! y ¡cuánto sufrí con él aquella noche por tu causal!...

—Y ¿qué era aquel sueño que nunca has querido referirme, Claudia?

—No, no, por piedad, señor; no me habléis de aquel sueño, que quisiera haber olvidado para siempre, y que tengo siempre delante de mis ojos, sin poder apartarlo de mí jamás.

—¡Un secreto entre nosotros, Claudia!

—¡Ah! ¡si supierais, señor!... Pero no, dejadme, vale más olvidarlo...

—¡Cuéntame tu sueño, yo lo quiero! Claudia permanecía callada.

—¡Yo lo quiero! repitió Pilato con un ademán soberano.

Claudia obedeció.

—Pues bien, señor: aquel hombre que compareció delante de tí para ser

juzgado yo le vi durante la noche, no sé cómo, sobre alturas celestiales, lleno de majestad y de gloria. Me pareció que llevaba cicatrices en los pies y en las manos; pero de aquellas cicatrices salían ráfagas de una luz purísima, deslumbradora. Su rostro brillaba como el sol, sus vestiduras tenían la blancura de la nieve. Legiones innumerables de espíritus formaban a su alrededor como un ejército de estrellas, que despedía una gran claridad, y del cual salían armonías inefables. Una multitud inmensa se agolpaba a sus plantas, y yo fui testigo de un triunfo tal como jamás se ha visto en Roma. Millones de voces lo aclamaban a un tiempo Rey de los siglos, y yo vi a los siglos desfilan, uno a uno, por delante de El; sí, todos los siglos del pasado, y todos los siglos del porvenir; un nuevo orden de siglos, que partían de El y llevaban su signo sobre la frente. Eran muchedumbres inmensas, sinnúmero de hombres, de mujeres, de niños, que venían a depositar sus homenajes de adoración a los pies de aquel ser extraordinario. Había en ellas soldados, esclavos, emperadores, reyes, emperatrices, vírgenes, viudas, madres, sacerdotes, magistrados; de todas las lenguas, de todas las edades, de todas las condiciones. Venían del Mediodía y del Septentrión, del Oriente y del Occidente, del Asia, del Africa, de islas lejanas y de regiones desconocidas. Llegaban sin cesar, unos tras otros, como las olas del mar: yo no podía contar siquiera el número de los siglos que depositaban sucesivamente a sus pies el oro, el incienso, la mirra...

Mientras Claudia hablaba, Pilato se esforzaba en vano por aparecer sereno, por sonreír; mas a pesar de todos sus esfuerzos, sus facciones se contraían, su cuerpo temblaba. Claudio no le veía, tenía los ojos elevados al cielo, como si la visión estuviera todavía delante de ella, y continuó diciendo:

—Los dos estábamos allí, señor; los dos contemplábamos aquel desfile celestial, sumidos en un estupor mudo, cuando el Soberano del mundo volvió su vista hacia nosotros. Creo oír aún el acento con que te dijo: «Tú me preguntabas si era rey: ¿soy Rey ahora?...»

En el mismo instante todos aquellos siglos, todos aquellos pueblos entonaron un himno que llenó los cielos y la

tierra. El himno comenzaba con esta palabra: ¡Credo! que repetían después en cada estrofa; lo cantaban a aquel hombre extraordinario, a aquel hombre glorioso que era Dios, Hijo de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios. Lo bendecían, porque había bajado de los cielos a hacerse hombre para la salvación de los hombres, y al bendecirlo la inmensidad se prosternaba y lo adoraba... De pronto aquel himno triunfal de los mundos se convirtió en un cántico de sufrimiento, de duelo: las arpas gimieron, la tierra tembló, los cielos se estremecieron, los espíritus velaron su faz y el universo cantó a una sola voz, con espanto: «¡Y fué crucificado bajo Poncio Pilato!»

¡Poncio Pilato! ¡Tu nombre, señor! tu nombre, objeto de veneración para mí, entregado a la execración del cielo y de la tierra, de todo lo que es y de todo lo que será!.. Mi conmoción al oírlo fué tan grande que desperté de mi sueño, si aquello era un sueño no más; y viendo en él un aviso del cielo, tú lo sabes, señor, te envié por un esclavo el mensaje en que te decía lo que había sufrido por tí, a causa de aquel hombre, que desde entonces era mucho más que un hombre para mí...

Pilato estaba aterrado. Movía la cabeza, apretaba los labios; en sus ojos se leían la cólera, el espanto, el desden; brillaba en ellos un fuego siniestro, pero no había lágrimas. Secaba su frente con angustia, y decía palabras confusas, ininteligibles.

De repente levantándose de su asiento, y como si contestara a las acusaciones de un ser invisible, exclamó con ronco acento:

—¿Es mía la culpa si los judíos me lo entregaron? ¿Soy yo acaso el que lo crucificó? ¿No dijeron ellos mismos en el Pretorio que era reo de muerte? ¿No gritaban todos una y otra vez: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos?...» ¿Y qué hice yo entonces? Todo el pueblo lo vió: me lavé las manos y dije delante de todos: Yo soy inocente de la sangre de este Justo. ¡Vosotros veréis!...

Al pronunciar estas palabras, Pilato estaba lívido, desenchajado. Miraba con espanto sus manos, aquellas manos que se había lavado en el Pretorio, que él decía puras, y las retorció, las sacudía, las aproximaba a la cara, las apartaba luego, para volver a aproximarlas otra vez; sin poder quitar de ellas los ojos, como si en ellas viera algo, una mancha sangrienta quizá, que él solo distinguía sin poder borrarla jamás; hasta que de pronto separándose bruscamente de su esposa, comenzó a bajar a grandes pasos la colina que ocupaban sus jardines, en dirección al Ródano.

Bajó atropelladamente hasta el borde del río, y allí arrodillado sobre la arena, hundió sus manos en la corriente; después las sacó gimiendo, las volvió a sumergir otra vez en ella, las frotó una contra otra con rabia, como un insensato, blasfemando y mirando al mismo tiempo fijamente con ojos

extraviados las ondas, que se sucedían unas a otras, y levantándose, en fin, rápidamente abrió los brazos y se inclinó sobre la orilla, como si quisiera buscar un refugio en las aguas del río y ocultarse en su seno.

Un grito de espanto que resonó a su lado lo detuvo. Era Claudia, que lo había seguido y llegaba sin aliento para salvarlo. Arrasados los ojos, cogió las manos de Pilato entre las suyas, sin pronunciar una palabra las regó con sus lágrimas, las enjugó con su velo y las envolvió en él, para ocultarlas a los ojos del desgraciado. Él la dejaba hacer, como un herido a quien curan las llagas. Su pensamiento estaba lejos de allí, absorto por completo en el recuerdo terrible que le perseguía, torturándolo. Pero sus ojos permane-

cían secos, sin derramar una sola lágrima.

Pasó algún tiempo y Pilato desapareció.

Se le buscó durante los días y las noches siguientes, pero todas las diligencias para hallarlo fueron vanas. Algunos pescadores refirieron más tarde que habían visto flotar en el río el cadáver de un hombre que llevaba las manos unidas y crispadas convulsivamente; pero que a medida que las ondas lo arrojaban a la orilla, la tierra lo arrojaba a su vez hacia el río, como si tuviera horror de él; y al ver este espectáculo extraño y terrible, se habían dicho que aquel hombre había sido sin duda un parricida, y habían dejado pasar la justicia de Dios...

De Mgr. Baunard

El último Tambor

Ese que Vd. ve colgado en el testero principal de la sala, como trofeo glorioso, es el último tambor—me dijo conmovido el buen Sánchez, al par que lo contemplaba con respeto.

—¿Era el de Vd.?

—Cierto, el mío. La política y nada más que la política ha sido la causa de que ese precioso instrumento no deje oír sus magníficos redobles delante de los marciales regimientos. Así como el inventor de las armas de fuego suprimió el valor en las batallas, el ministro que decretó la supresión de los tambores suprimió la alegría de las columnas en la marcha y la embriaguez de los soldados en el combate.

El tambor y la corneta eran instrumentos inseparables. La retirada de aquellos ha sido un golpe rudo para éstas, que gimen solas en los campos de batalla dando alaridos que semejan lamentos y acrecen el terror de las huestes en lugar de animarlas para que venzan en sus empresas.

El tambor con sus redobles, ya secos, ya prolongados, envolvía al militar en una atmósfera de sonidos cuya nota mayor era el zumbido de los cañones, y cuando avanzaba ébrio por los aires marciales arrancados al curtido parche de las doradas cajas, parecía el mensajero de la victoria. Hoy todo ha concluido. La guerra sin tambores es letra sin música en el concierto o desconcierto de las naciones.

—¿Y Vd. conserva su tambor como recuerdo de otros tiempos?

—Sí, y también como héroe que decidió de una batalla.

—¿El tambor?

—Ese mismo que abollado y maltrecho mira Vd. en este instante... Oiga usted...

Y sobre poco más o menos, Sánchez me hizo la siguiente narración:

—Al caer la tarde de un día nefasto para nuestras armas empeñábase reñida lucha, que debía decidirse en última instancia el triunfo o la derrota. El

enemigo, animado por recientes victorias, sostenía con tesón las posiciones que nos conquistara, y orgulloso de ello, se proponía resistir hasta lo imposible en aquella cordillera que servía de paso para una de las plazas en la cual ondeaba aún el lábaro de las libertades españolas.

Nosotros nos proponíamos correr en auxilio de los héroes y estrecharles en nuestros brazos antes del tercer día, mas los contrarios atajáronnos el camino poniéndonos la valla de sus cañones. Una vez, dos, tres, intentamos romper la formidable trinchera y siempre resistieron tenaces nuestro empuje rechazándonos con denuedo hasta las posiciones lejanas en que habíamos acampado.

El jefe estaba rojo de ira y los subalternos temblando de cólera. En cuanto el soldado ¡oh! el soldado de notaba en su mutismo la vergüenza que el reconocimiento de la propia inferioridad impone en los corazones valerosos.

En el consejo de jefes habido aquella mañana memorable, fué ésta la opinión unánime:

—¡Es preciso acabar!

La frase era lacónica, pero expresiva.

Hacíase necesario acabar con ellos o que ellos acabasen con nosotros, algo así como un duelo a muerte en que uno de los antagonistas cayera destrozado para no levantarse más.

Y como he dicho antes, dió principio el combate. En la atmósfera flotaba un ambiente de paz que se imponía a los espíritus, pero allí sólo iba a desarrollarse eso... ¿cómo diré?..

—Una tragedia.

—Eso, eso, más que un drama... Pues verá usted. Entre el ruido de las armas descollaba el de nuestros tambores y cornetas. El enemigo carecía de tambores. ¡Mire usted que no tener tambores los grandísimos!... En fin, es el caso que a nosotros nos mandaron avanzar, avanzar siempre y ¡claro! obedecían como borregos... Yo corría hacia adelante hostigado por una fiebre devoradora, trepé vertiginosamente por mil vericuetos, y al cabo de mucho me ví solo lejos del lugar de la

batalla.—¿Cómo se entiende?—me dije. O ellos han huído o yo me he adelantado en demasía. Y orientándose por el estruendo de la lucha, me aproximé a lo que yo me figuraba que era mi campo. La noche, cerniendo en ligera neblina los lejos de la planicie, impedíame columbrar a nuestras tropas, mas yo oía dentro de mi cerebro una voz que me gritaba:

—¡Adelante! ¡Adelante!
Y como siempre, obedecí.

A poco algunas balas pasaron silvando por mi lado, y a medida que avanzaba percibía bultos que se movían, y después trozos de palabras que se me figuraban gritos de terror.

—¡Ellos son, mis camaradas!—exclamé con júbilo.

Y para avisarles mi presencia se me ocurrió batir el parche con gran energía. Los sonos del tambor retumbaron de un modo formidable entre las peñas que me rodeaban. Aquello influyó en mi ánimo y apreté a tocar y a correr ¡siempre adelante! ¿Pero qué pasaba? ¡Mis compañeros me recibían a tiros! Cierto... Una descarga, dos... ¡Por Cristo!... Yo caí al suelo. Me habían roto una pierna, y por más esfuerzos que hacía érame imposible ponerme derecho... Entonces me senté, y suje-

tando el tambor con las rodillas, dije: —¿Me han herido?... Pues paso de ataque.

Después oí un pequeño tiroteo, y luego voces, muchas voces que parecían acudir a los sonos de mi tambor. Por último, porción de mis camaradas se llegaron a aquel sitio, y con gran alborozo me recogieron, exclamando:

—Eres un valiente. El jefe desea abrazarte.

Yo me dejé conducir adonde querían, y los superiores me prodigaron todo género de felicitaciones por mi denuedo.

—¿Pero qué denuedo ni qué ocho cuartos?—gritaba yo rechazando aquellas frases que no merecía.

—Eres tan modesto como valiente—dijo con orgullo mi jefe—y te he propuesto para una recompensa.

Al cabo pude enterarme de todo.

Era sencillamente que al oír por su espalda los redobles y el paso de ataque de mi tambor el enemigo había abandonado las trincheras en la creencia de que iba a ser cogido entre dos fuegos por nuestras fuerzas.

Por eso le dije a usted al principio que mi tambor era un héroe: el héroe de aquella jornada.

R. Hernandez Bermúdez

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

—Y vosotros, ¿quien decís que soy yo?, les preguntó Jesús.

Y Pedro, el discípulo impetuoso, el hombre vehemente y decidido, el que ciegamente dejaba ir los impulsos de su corazón le contestó:

—Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.

—Bienaventurado eres Simón hijo de Jonás, porque no es la carne ni la sangre quien te ha revelado eso, sino mi Padre que está en el cielo.

Y yo a mi vez te digo que tu eres Piedra y sobre ésta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré a tí las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares en la tierra, será atado en el cielo y todo lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo.

Pedro recibía por primera vez el nombramiento de Jefe de la Iglesia de Cristo con poderes extraordinarios. Mas tarde, después de Cristo haber resucitado le serían confirmados estos poderes, nombrándole primer Pontífice de la Cristiandad naciente.

Después de él la serie de Pontífices habían de continuar la perpetuidad de la Iglesia Católica.

La primera piedra era Pedro, pobre pescador del mar de Galilea.

Cristo al subir a los cielos en el día de su ascensión no quiso privarnos de un embajador suyo que inspirado por el Espíritu Santo gobernase su Iglesia.

Unos tras otros han ido sucediéndose

A LA CAMPANILLA

Prepara, campanilla, tu garganta;
tiembla en el aire con tu voz sencilla;
un himno de amor canta,
que Cristo se levanta.

Desgránate en sonidos, campanilla.

Es tu Dios quien levanta su Grandeza
para honrarte en tu alegre tintineo.

Suelta tu lengua y reza.

Cántale con firmeza

Salpica el aire en tu repiqueteo.

Dichosa tú que con cantar meloso
saludas a tu Dios dulce y tranquila,
y sabes que amoroso

Dios Todopoderoso

lo acepta y te bendice, noble esquila.

Hermenegildo Rodríguez

sin que, en materia de fe, diesen lugar a error sus mandatos y sus directrices religiosas. Muchísimas veces hemos escuchado la voz del Pastor que a través de sus Encíclicas señalaba el camino recto de la doctrina que predicó Jesús de Nazaret y que confirmó con su muerte y su resurrección.

Momentos de grave peligro para la Iglesia católica hubieron de ser salvados por la enérgica decisión del Pontífice de Roma que levantaba su voz como faro luminoso en medio de la tormenta y de las pasiones humanas, orientando a las inteligencias sin rumbo, señalando deberes a los ambiciosos, haciendo resaltar el fin único del hombre, y recordando a todos que Dios mismo se hizo hombre y sufrió pasión y muerte para librarnos a

nosotros del castigo que merecía nuestra perversidad.

Cuando el mundo, revuelto en luchas crueles, amenazaba derrumbarse en sus cimientos, por los despotismos de los gobernantes y por la fuerza de las armas, el Sucesor de Pedro en el Vaticano, inspirado por Dios asombraba a todos con sus acertadas disposiciones, alcanzando señalado renombre al lado de los hombres de su siglo.

Dios nos ha concedido en la hora presente un Pío XII que en los momentos más difíciles de la historia del mundo sabe mantener el supremo ideal religioso de todo el orbe, por encima de las pasiones humanas, siendo reconocido por todos su personalidad excelsa y sus grandes dotes de director espiritual de todos los creyentes.

Abrumadora es la responsabilidad que nuestro Pontífice asume en estos días de trágico desmoronamiento de grandes pueblos y antiguas civilizaciones. El peso de la cruz tambalea su ancianidad, solamente robustecida por la fe y la gracia de Dios inspirada de lo Alto. Sus palabras, llenas de caridad, de consejos paternales, de recomendaciones a los gobernantes de los pueblos y de tristes lamentos otras veces, han sido escuchadas por todo el orbe, con respeto por todos pero sin conseguir llegar a los corazones de los que dirigen la vida política de los estados. La guerra atravesó su Ciudad vaticana dejando a su paso las calamidades y desgracias como recuerdo.

El mundo creyente mira ansioso a la Silla pontificia como único consuelo y remanso de paz en medio de la guerra. Solamente de los labios del Pontífice Santo salen palabras de amor y de caridad para el prójimo.

Y a veces llegan hasta su cruz las críticas apasionadas, la frívola murmuración, la censura a sus magníficas palabras y la resistencia pasiva o la indiferencia por parte de sus mismos hijos, creyéndose, tal vez, con más acertado criterio y mejor visión de la realidad desde el oscuro rincón del mundo donde viven desde su infancia sin asomarse al exterior, ni escuchar los rumores de todos los vientos.

Ni el respeto a la personalidad del Pontífice contiene a los eternos descontentos, que se creen capaces de dirigir más acertadamente la cristiandad, sin darse cuenta que no andan muy acertados en gobernar su propia casa.

El peso de la cruz que Dios ha colocado sobre los hombros de nuestro Papa Pío XII pesa excesivamente.

No pide que Simón de Cirene le ayude para llegar hasta el Gólgota, sino que pide tan sólo que sus discípulos fieles no acerquen a sus labios la esponja empapada en vinagre aumentando el peso de su cruz.

..... Dícele por tercera vez:—Simón de Juan, ¿me amas?

Entristecido Pedro de que por tercera vez se lo preguntase le dijo:

—¡Señor! tu sabes todo, tu conoces que te quiero.

—Apacienta mis ovejas, le contesta Jesús.

Y delante de sus discípulos le confirma en su cargo de Jefe de la Iglesia cristiana,

a pesar de las negaciones de la noche del jueves.

Simón Pedro quedaba nombrado primer Papa de la cristiandad.

R.

COMENTANDO

III

CARTAS BOCA ARRIBA

He vuelto a recibir otra carta de mi querido lector D. Enrique Espiniella. Parece ser que este señor ha contraído algún compromiso serio con una bicicleta y para su satisfacción, traslado su carta íntegra a la imprenta, supliendo, una vez más, mi acostumbrado comentario.

Dice así:

¿Anticiclismo o comodidad?

«Pretendo que esta sea la última vez que coja la pluma para salir en defensa de las bicicletas, tan vilipendiadas por el Sr. Rodríguez. analizando párrafo por párrafo su "Anticiclismo".

Al primero, no cabe más que una contestación rotunda y categórica: No señor, yo no tengo fábrica de bicicletas.

Yo no tengo la culpa Sr. Rodríguez, y voy con otro párrafo, de que le haya atropellado una bicicleta, ya sea en una esquina o en una recta. Lo que se saca en consecuencia es que usted no cumplió con el reglamento de circulación y fué atropellado por no circular por las aceras, que es el espacio destinado a transitar los peatones, lo cual quiere decir que le estuvo muy bien empleado por no ser obediente.

En su cuarto párrafo vuelve usted sobre el mismo tema, sin añadir ningún argumento más y parece ser que quiere reforzarlo con el atropello de un guardia municipal. Puede ser que el culpable del atropello fuese el propio guardia y no el ciclista y estas dudas son las que aclara el citado reglamento de circulación que hay que conocer bien para saber quien tiene la razón.

Como verá usted no hay argumentos o razones suficientes, para escribir razonablemente contra las bicicletas. ¿Que hay atropellos? También los tiene el ferrocarril y ese no pasa por calles. ¿Quien manda a las gentes circular por donde no deben?. Allá ellos, que se empeñan en ser tozudos y llevar la contraria.

Yo mantengo mis argumentos y mis razones, y contesto a su quinto párrafo, aunque aquí podía ser más largo, ya que analizando en el fondo se saca la consecuencia, de que es usted una persona muy cómoda y por eso suspira por las cuatro ruedas y el motor; la cuestión es no molestarse.

Y llegamos casi al final en el que usted declara ser doctor en la materia, olvidando en este caso que el deporte está recomendado por todos los señores Doctores pero... sin que el fomento de los deportes llegue nunca a ser un abuso y así las excursiones no serán nunca "cortadas en flor por el tronco de un árbol". Y en cuanto a lo de las medias vueltas no me extraña nada su alusión, pero si le recordaría una anécdota de la que fué usted protagonista, allá por los tiempos de su vida de cuartel.

¿Recuerda Sr. Rodríguez?

Y con esto doy por terminada mi defensa de las bicicletas, recomendán-

dole mucho, estudie el reglamento de circulación y verá usted como a veces los atropellos son completamente legales.»

ENRIQUE

De nuevo frente a frente, terminaremos esta amable polémica en el próximo número, en el que nos definamos de un modo conveniente. Ten, pues, paciencia por unos días, querido lector.

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

Solución al Crucigrama núm. 12,
por Morán

HORIZONTALES.—1. Finlandia.—2. Irlanda.—3. Las V. Ser.—4. In. Vil. Oo.—5. P. Pagar. L.—6. Id. Ahí. Ro.—7. San. Y. Bug.—8. Atún. Comí.—9. Sobejania.

VERTICALES.—1. Filipinas.—2. Irán. Dato.—3. Sin. P. Sub.—4. SL. Ve. Ne.—5. A. Vichy. J.—6 Ni. Lai. Ca.—7 Dos R. Bon.—8. Ileo. Rumi.—9. Aerología.

Jeroglífico núm. 15, por Morán

Nota

Nota E E
ACAUDALADO R
Nota - o - i A

Atributo divino que más nos tranquiliza al considerar nuestros pecados.

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3388

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Carrida, 81 GIJON Moros, 56

Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pués a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO

(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MÓDICO

